



Gustavo Adolfo Bécquer

Solar de la casa del Cid
En Burgos

MERCED a la exageración que traen consigo todas las reacciones, al abandonar el sendero de la tradición y las autoridades, para aplicar un criterio razonador y filosófico al estudio de la Historia, se ha llevado por algunos el espíritu de duda hasta el extremo de combatir como apócrifo cuanto no se apoya en documentos fidedignos o no pueda probarse de manera auténtica.

Verdad es que las indagaciones históricas de los que se ajustan a los rigurosos preceptos de esta escuela, han dado y dan resultados positivos y satisfactorios, siempre que se trata de épocas relativamente próximas y acerca de las cuales tantos y tan ricos tesoros de noticias y documentos guardan nuestros archivos; pero, en cambio, ¿qué desencantos no proporcionan, cuántos desalientos no originan en el que, a medida que se remonta, siente más insegura la base en que descansan sus razonamientos, acabando por averiguar como lo que en siglos lejanos fue opinión de un cronista crédulo, pasa repetido de autor en autor a la categoría de autoridad, hasta que concluye transformándose en artículo de fe en la obra del historiador más sesudo?

No es, pues, extraño que los que a este criterio se ciñen duden de

todo, y para ellos acabe la historia allí donde se pierde el rastro del último pergamino que la confirma.

Acostumbrados a pensar en el aislamiento del gabinete, con la frialdad y la calma del crítico, la tradición les habla un lenguaje absurdo, al que prestan escasísima fe. No obstante, la tradición es un elemento importantísimo y del cual no puede prescindirse del todo, so pena de caer en un escepticismo acaso más peligroso que la misma credulidad. Lo que precisa es saber desembarazar la tradición del follaje de exageraciones que la adorna y la ofusca; lo que falta es ir a respirar su atmósfera en los lugares en que nació y vive aún en la fantasía del pueblo, y poder así apreciar los quilates de verdad que encierra, adquiriendo el convencimiento de la intuición que se siente, aunque no se razona, y hace tanto peso en el ánimo como el más auténtico de los comprobantes.

Tal vez por no haber concedido a este elemento de la Historia la debida importancia, acaso por un espíritu exagerado de duda, o sólo por chocar con la corriente de la opinión pasando por originales y atrevidos, no han faltado, así en nuestro país como fuera de él, escritores que, después de desvirtuar los hechos más característicos de la Historia, han concluido negando sus héroes más gloriosos.

Pelayo y Covadonga son para ellos poco menos que los elementos de una conseja; Bernardo y Roncesvalles el asunto de la cántiga de un juglar; el Cid Campeador una figura creada por los romanceros.

Los que estas opiniones sostienen, de seguro no han contemplado la tosca piedra que guarda los despojos del restaurador de España en el cóncavo peñón, gloria de Asturias; no han oído la tradición de la rota de los franceses en boca de su guía al cruzar los Pirineos por el tajo de Roldán, ni han visto siquiera las calles de Burgos: de otro modo su erudito escepticismo hubiera al menos vacilado ante la firmísima fe de la tradición popular.

La existencia del Cid, la más acabada y perfecta figura entre las varias de que la Historia nos ha consignado el nombre, y el pueblo se ha encargado después de completarla con todos sus detalles, no es ya objeto de controversia ni seriamente lo ha podido ser nunca; pero aunque fuera aún más difícil probar la autenticidad de sus hechos, bastaría recorrer los lugares que la tradición señala como teatro de su vida para adivinarlo y sentirlo.

Cuando nos pintan al héroe con tal acento y color que no parece sino que le han visto con sus ojos, cuando, siguiéndole paso a paso, desde la cuna al sepulcro, nos refieren hasta los menores detalles de su vida y nos dicen aquí nació, allí vivió Jimena, esta es el arca que guardó su palabra que equivalía a un tesoro, aquellas son las banderas y trofeos que arrancó a los árabes vencidos, la de más allá es su espada, éstos, en fin, son sus despojos mortales, involuntariamente asoma una vaga sonrisa de incredulidad a los labios, y ocurre pedir el testimonio en que se fundan aquellas creencias; pero a poco que se medite, esta ciega fe, este mismo lujo de detalles, hijos de la imaginación del pueblo, revelan poderosamente la vitalidad del personaje que palpita al través de sus creaciones, que son como un ropaje espléndido tejido por los romanceros, por debajo del cual se acusan las formas y se siente que hay una figura

real y positiva.

Es casi seguro que si tratáramos de investigar seriamente si la casa del Cid estaba o no en el sitio que los burgaleses han señalado con el sencillo monumento, sería empresa difícil probarlo. Pero el que recuerda el magnífico romance

En Burgos nació el valor...

y halla en uno de sus paseos solitarios aquellas piedras que le hablan de la Historia, que son un tributo de admiración hacia el más caballeresco de nuestros héroes, que prestan poesía e interés a aquel campo escueto y mudo, ¿qué necesidad tiene de preguntar a los empolvados archivos si guardan algún testimonio auténtico de la veracidad del hecho, para sentir y pensar, levantando la mente a la contemplación de aquellos siglos de rudo valor, de ciega fe y lealtad inquebrantable?

Si la tumba, el solar de la casa o el sitio en que ocurrió la muerte de algunos de nuestros grandes hombres, pudieran aún inventarse, nosotros aplaudiríamos al que los inventara; ¿Por qué hemos de contribuir al desprestigio de los que ya están inventados?

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

